

Desprendimiento de los bienes terrenos

Rebeca Reynaud

Una persona le dijo a Don Álvaro del Portillo:

-Padre, voy a dar la charla del retiro, ¿qué les digo?

-Diles que sólo hay dos caminos: uno que conduce imperceptiblemente hacia arriba, otro que conduce imperceptiblemente hacia abajo.

El joven rico del Evangelio tenía muchos bienes materiales, pero el bien verdadero estaba frente a él. Jesús le dijo: "Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres", de tal manera que no pongas el bien donde no está. Dios le pidió lo que él tenía que entregar, pero no se lo dio, y se fue triste.

El desprendimiento de los bienes terrenos es esencial para seguir a Jesús. Si vivimos bien alguna virtud, parece que no pasa nada pero sí pasa. Una de las cosas que nos muestra la Historia de la Iglesia es que muchas Órdenes religiosas se han venido abajo por falta de pobreza. "Cuando la pobreza se resquebraja, es que va mal toda la vida interior" (San Josemaría Escrivá, Meditación 7-III-62). También nos enseña la Historia se ve que la restauración de la cristiandad viene por el desprendimiento. Es alentador ver como se vive la pobreza en Casa. Cómo se cuidan los detalles para que la ropa dure más, para ahorrar papel, luz, tiempo, etc. Viviremos bien la pobreza si sentimos a la Obra como "nuestra".

Julien Green escribió: "La creación es tan hermosa, que es necesario hacer un esfuerzo para desasirse de ella." No podemos enamorarnos de la creación a tal grado que nos olvidemos del Creador, sino que esta creación nos ha de llevar a Él.

Ana Catalina Emmerick cuenta que en una ocasión, Judas recibió un dinero y preguntó a Jesús de cuánto podía disponer para cada día. Jesús le contestó que el que vive pobremente no necesita ni precepto ni medida, pues lleva la conciencia consigo como ley (tomo 8, p. 311).

Aristóteles insistía en que la educación, era sobre todo educación en el deseo. Y Chesterton, con su lucidez habitual, decía que el interior del hombre está tan lleno de voces como una selva: recuerdos, sentimientos, pasiones, ideales, caprichos, locuras, manías, temores misteriosos y oscuras esperanzas; y que la correcta educación, el correcto gobierno de la propia vida consiste en llegar a la conclusión de que algunas de esas voces tienen autoridad, y otras no. De nuevo estamos ante un problema de discernimiento y equilibrio.

No vivimos el desprendimiento o la pobreza sólo por motivos económicos, sino también por motivos ascéticos, por amor a Jesucristo. Señales de la verdadera pobreza: No tener cosa alguna como propia (hay cosas que achican el alma cuanto más menudas son), no tener cosa alguna superflua (tengo esto de repuesto; confiar más en la Providencia), no quejarse cuando falta lo necesario.

La pobreza por sí sola no santifica. Se necesita amarla, sino todos los pobres serían canonizables. Hay dos opciones: mediocridad o santidad.

Vivimos unos momentos de particular gracia de Dios. Este más, más, más, es un tirón que el Señor nos envía, porque la medida del amor de Dios es amar sin medida. Las cosas de Dios van por otros derroteros. Hay que funcionar a base de visión sobrenatural. Hemos de tener más vibración en todos los sentidos, también en la calidad de vida.

Puede haber una excesiva preocupación y excesivo miramiento con la salud. Hay que vivir despreocupados por la propia salud. No es compatible con el tenor de una vida de entrega.

Los franciscanos evangelizaron México, entonces mucha gente no entiende sino la pobreza franciscana. Nosotros tenemos un barniz de esa formación pero luego comprendemos que hay que compaginar la secularidad y la pobreza, que está, sobre todo en el desprendimiento de los bienes terrenos, de las personas, de sí mismo. Santa Teresa de Jesús decía: Gracias, Señor, porque me has librado de mí misma.

Dice la escritora española, Pilar Urbano: Ordinariamente, los humanos suelen estar satisfechos con *lo que son*, pero, pero inquietos, azogados, preocupados, y nunca suficientemente abastecidos con *lo que tienen*. Debería ser al revés, pero no ocurre así^[1].

[1] Pilar Urbano, *El Hombre de Villa Tevere*, Plaza & Janés, Barcelona 1995, p. 332.